

EL RELOJERO DE LA PUERTA DEL SOL, DE EMILIO LARA: LA EPOPEYA VITAL DE UN PERSONAJE HISTÓRICO

Joaquín Cruz Quintás

Si, por su calidad estética y su disección de la mentalidad de la España del siglo XVI, *La cofradía de la Armada Invencible* fue una de las sorpresas narrativas más agradables del 2016 –con muy buena acogida de crítica y lectores–, *El relojero de la Puerta del Sol* parece que ha venido a consolidar a su autor, Emilio Lara (Jaén, 1968), en el género de la novela histórica nivel nacional.

La novela cuenta la historia de José Rodríguez Losada, un leonés sencillo y de campo que va labrándose su vida desde abajo, sorteando los embates del Destino. Huido de su casa rural tras perder una ternera mientras pastoreaba, por miedo a las represalias de su padre, irá buscando dónde meter la cabeza para ganarse un sustento e intentar medrar dignamente. Después de diversas vicisitudes y penurias, se alistará en el ejército a las órdenes del general Riego, pero sus aventuras liberales lo obligarán a escapar de la España de Fernando VII a uña de caballo. Así, acabará llegando a Londres, de la que había oído hablar como en una ensoñación, y, gracias a la mediación del *Comité de ayuda a los emigrados*, entrará como mozo de limpieza en una relojería. Sin embargo, su natural inteligencia y su habilidad en cuestiones mecánicas harán que pronto consiga un ascenso. No será el único, ya que Losada acabará convirtiéndose en el relojero más prestigioso de Europa.

El comienzo es sólido, impactante, y desde la primera línea percibimos el estilo del autor en el empleo de tropos luminosos que provocan en el lector esa placentera sensación de extrañamiento o *desfamiliariza-*

ción propia de la buena literatura, aunque, a diferencia de su primera novela, Lara opta aquí por un lenguaje más despojado o natural, con una menor morosidad en la pintura de ambientes, lo que dota al texto de mayor fibra narrativa. Las secuencias descriptivas son, sin embargo, de una gran calidad estilística, convocando una lengua de léxico certero y gran poder de connotación o sugerencia, singularmente cuando el narrador desciende al barro para ofrecernos imágenes táctiles o carnales, o bellamente sensoriales, o en la descripción de acciones bélicas (el enfrentamiento entre los liberales y los Cien Mil Hijos de San Luis) y en las de objetos, que traslucen un profundo conocimiento, hasta el detalle más nimio, de la cotidianeidad del siglo XIX. Y a veces hasta el contexto parece sincronizarse, como una influencia romántica, con las emociones de los personajes.

El autor demuestra un gran oficio y buen conocimiento de las técnicas y resortes narrativos al tejer una trama de capítulos breves sobre la base de continuas prolepsis o anticipaciones, para regresar al punto de suspensión, como si se tratara del péndulo de un reloj que fuera perdiendo cuerda conforme van convergiendo ambas líneas temporales, hasta abrocharse. Y su habilidad estriba en la capacidad que muestra para no arruinar las expectativas del lector, gestionando bien el suspense, haciendo un uso inteligente de la *motivación compositiva* y, en ocasiones, de la *falsa motivación* (Tomaševskij), para generar incertidumbre, con evidente influencia de la novela policíaca, muy presente en otros ámbitos de la obra. Lara consigue sumergir al lector en la España del rey Felón y en la Inglaterra victoriana, en su vida cotidiana, dibujando un retrato audaz de la cosmovisión de aquellas gentes y de sus pautas sociales, combinando Historia e intrahistoria, realidad y ficción, en una mixtura muy bien armonizada en el relato: Goya, el duque de Wellington, Zorrilla (padre e hijo), Dickens, Lewis Carrol, los generales Prim y Cabrera, la Reina Victoria, Napoleón, el pintor Turner, Mary Shelley, Fernando VII y su esposa María Josefa Amalia de Sajonia, entre otros personajes históricos, tendrán su huequecito, por mínimo que sea, en esta historia.

LA REBELDÍA, LA LIBERTAD, LA AMISTAD, EL AMOR DE MADUREZ

La novela es un himno a la libertad y a la rebeldía frente al Destino, que viene a ser el principal antagonista (transversal e incorpóreo) del personaje principal. Tiempo y Destino se entrelazan en la obra como si de un relato cosmogónico clásico se tratara. Pero aquí el *fatum* no es entendido como el resultado de una predestinación religiosa (Grecia, Roma,

Agustín de Hipona...), ni tampoco en el sentido social que le otorga el determinismo filosófico del siglo XIX. Cuando al protagonista le preguntan si se considera un utópico, contesta que “simplemente creo en mí mismo”. Es una vindicación de la superación personal, del tesón, de la voluntad combinada con la sensatez y el trabajo. La historia es igualmente una sólida defensa de la fuerza del amor y la amistad frente a las bajas pasiones del hombre, frente a la mediocridad y el resentimiento, frente al odio y la ignorancia, y un canto a las segundas oportunidades en la vida, a las vocaciones tardías: José, Anna, Baltimore o Hopkins son ejemplos de ello. Y aquel exsargento de vida arruinada... Parece que aquí nos quede la esperanza.

El protagonista encauza todos estos valores a lo largo del relato, favoreciendo así la catarsis moral con el lector: José es un hombre liberal, generoso, que aborrece los prejuicios, muy abierto al progreso social y moral (lo que contrasta con la mentalidad predominante en España, que aún se lame las cicatrices de la Guerra de la Independencia), un ser incapaz para el rencor y francamente honesto.

Comparte muchos de estos valores con otros personajes, como el acaudalado y filántropo Henry Baltimore, cuyas excentricidades e inteligente malicia contra los mediocres provocarán la sonrisa del lector, pero Baltimore se verá sorprendido sin embargo por la capacidad de perdón de José. La profunda amistad entre ambos servirá para que Lara escriba interesantes páginas en las que priman las emociones estético-morales, también abundantes en aquellas en las que William Hopkins (su escolta) y, sobre todo, Anna (su amor) sean protagonistas.

La historia de Rodríguez Losada es la de la una sucesión de huidas. Quiere superar los episodios oscuros de su pasado, y aquí se aprecia un cierto paralelismo con Baltimore en tanto que este decide dedicarse a las acciones sociales por una mala conciencia familiar (como si tuviera una concepción judía de la culpa y los pecados se heredaran). Busca una redención terrena. José huye de su familia, de su país, hasta de sí mismo. Pero no es una huida hacia adelante, porque, como ya hemos afirmado, su tesón y capacidad de superación, su vocación para labrarse su propio destino en libertad son el encofrado de su personalidad, a pesar de los momentos de debilidad, las tentaciones de desistimiento y el reconocimiento de que la suerte puntual hace virar nuestras vidas, como en aquella *Match Point* de Woody Allen. Su rebelión es una suerte de *hybris* griega que espera, tozudamente, no una *némesis* o justicia retributiva, sino más bien una justicia poética.

EL HUMOR

Emilio Lara, en la línea del referente primero de la narrativa histórica en España, Juan Eslava Galán, se atreve a introducir la comicidad o el humor en esta novela, ambientada en su mayor parte en Inglaterra, en lo que acaso sea también un guiño a la tradición de literatura humorística de ese país, fecunda desde el siglo XVIII. No en vano, el autor de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, Charles Dickens, aparece, siquiera tangencialmente, como personaje, así como Lewis Carroll, el autor de *Alicia en El País de las Maravillas*, que comparte tertulia con José en la conciliadora trastienda de la relojería, junto con españoles de ideologías antagónicas. El humor estará presente, por ejemplo, en etopeyas y propopografías caricaturescas, en animalizaciones, en las excentricidades de Baltimore (la escena del reparto de la herencia a sus familiares carroñeros es memorable), en las descripciones que mezclan lo sagrado y lo profano. El humor también como rebelión frente a lo establecido, a lo esperado. Como camino de libertad y de justicia. Dos de los valores principales de los protagonistas.

REFLEXIÓN SOBRE ESPAÑA

Hay en la novela una transversal y casi permanente reflexión sobre España, de la que José ha tenido que huir. Especialmente valiosas son las páginas en las que se hace una pintura feísta de las miserias de una sociedad muy atrasada en lo material y en lo moral. José se ve obligado a huir de España por motivos políticos, pero ya hemos dicho que su huida es múltiple, y su concepción de la vida es antagónica de la de muchos de sus compatriotas, por lo que su alejamiento es anterior: el cainismo, la crueldad, el fanatismo, el dolor ajeno como espectáculo, la mentalidad reaccionaria, la violencia gratuita, la mediocridad, el afán por la apariencia heredera del escudero del *Lazarillo* o el posibilismo interesado de unos políticos de bajo vuelo e insana ambición personal. Lara nos dibuja con trazos oscuros una sociedad paupérrima, que aún sufre las funestas consecuencias psicológicas de la guerra, acostumbrada al dolor (nadie llora cuando pasa un féretro con el cadáver de un niño), sin posibilidad de medro (a diferencia de Inglaterra) y esclava de su propia condición, que solo proyecta su esperanza en la otra vida, como en un cuadro de Millet: “Estaban sujetos a la tierra como una maldición: quienes nacían jornaleros morían como tales, y al tañer lejanas las campanas al mediodía, se descubrían y rezaban el ángelus con las manos entrelazadas, con devoción”.

Pero este *miserabilismo* descriptivo no se ciñe a la sociedad española, sino que le sirve para expresar las consecuencias que para la gente pobre tuvo la Revolución Industrial en la Inglaterra victoriana, vanguardia del mundo en este aspecto, en secuencias que en ocasiones nos recordarán fácilmente a la novela naturalista y, especialmente aquellas que tienen a niños como protagonistas, a la narrativa social de *Oliver Twist*. De nuevo Dickens.

Es constante en la novela esta reflexión sobre tradición y progreso (el tiempo detenido, invertido o proyectado: en el deseo de los personajes y en la propia estructura narrativa), con dicotomías que reflejan las tensiones del siglo XIX: el feroz tradicionalismo español frente a todo lo que huele a Francia, enfrentamientos entre darwinistas y creacionistas, la rebelión de los ludistas rompiendo las máquinas porque estas van a acabar con sus puestos de trabajo... Y la meditación sobre el paso del tiempo llega a adquirir en boca de Baltimore, cuando contempla la estatua del almirante Nelson, en *Trafalgar Square*, un pesimismo de *finis gloriae mundi*: “Para eso sirve la gloria humana. (...) Para que a uno se le caguen encima los pájaros”.

En definitiva, una novela muy bien construida que consigue emocionar al lector, zambulléndolo en uno de los periodos más interesantes y convulsos de la historia reciente en Europa, y cuyas reflexiones se proyectan, en un haz que hiere los ojos, sobre el presente y el futuro inmediato. El lector decidirá si nuestros pecados colectivos merecen una rebelión, serena y conciliadora, como la que nos propone la vida del protagonista a lo largo de estas páginas de alta literatura.

